

INTRODUCCIÓN

La presente antología comprende casi una decena de relatos escritos durante el Taller de Narrativa del CILL-UNAN/Managua, en los primeros meses del presente año. Plural ha sido la aventura de sus autores. Como plural la complicidad de la escritura a lo largo de este tiempo.

Dirán que son puros ejercicios de estilo, pero ¿Escribir llega a ser alguna vez más que esto?

No hemos querido, tampoco, manufacturar la creación con estos ensayos narrativos, ni homogeneizarlos, ni mucho menos. Pero solo mediante la mimesis consciente, disciplinada e imaginativa se puede llegar a la autenticidad artística.

Por lo pronto, abrimos de par en par la morada de estos textos para que el lector se asome a ellos con la misma travesura y deleite con la que fueron creados.

Javier González Blandino



ÍNDICE

Retrato de Mel/ Berman Bans – pág. 3
La deuda de Pablo/ Bosco Hernández –pág. 6
Rodilla Rota/ Luis Enrique Palma- pág. 9
Una tarde de fiesta/ Yader Velázquez- pág. 15
El destino de Felipe/Ana Francis Chow- pág.18
Happy Endings/ Carlos M-Castro- pág. 21
Mientras camina/José Abraham Chamorro- pág. 33
Oquedad-Contra la vía/Gerardo Zúniga- pág. 43
Los girasoles/Emilia Yang- pág.46

RETRATO DE MEL

Berman Bans

También le dije que esas cosas no me pondrían celoso. Que estaba muy seguro de mí mismo y de ella. O de lo que se supone que sentía ella. Esa promesa improbable, absurda, que aún nos mantenía juntos. A ella, estudiante de derecho salida de los suburbios, caminando por las bulliciosas calles de Salamanca, hablando idioteces turísticas con sus compañeros becarios. A mí, sometido a los calores de Managua, corrigiendo exámenes de adolescentes insulsos, a miles de kilómetros de distancia durante casi dos años. Separados, pero ¿juntos?. La gracia tramposa del ciberespacio. Que no era celoso. Que me sentía seguro. Eso, al principio, debió convencerla de estar tratando con alguien diferente a su último novio. Seis años de codependencias y paranoias arcaicas. Su debilidad por los músicos. Su tendencia a los bacanales. Melisa era edecana, aunque siempre dijo que era modelo, de Redbull, y él era el DJ exclusivo de ciertos eventos promocionales de la marca. La comida y las ganas de comer. Luego de dos años de pasión, vino la rutina, el vacío, y otra vez el hambre. Cuatro años de posponer continuamente el matrimonio. El último año se encontraban apenas una vez al mes. Y la cama ya no era el mismo jolgorio. En secreto habían entrado, Melisa dixit, en las costumbres menospreciadas. Seis años del mismo disco angustioso. Qué le habrá visto a ese tico banal de promesas irresponsables. Ahí dejó su virginidad y la

práctica de su cristianismo católico. Gran cosa. Para Mel era mucho. ¿Qué habrá visto en mí? Ah, claro. Las charlas motivacionales. La posibilidad de autoexplorarse. Acaso vio al huraño profesor de literatura, al padre ausente, al niño escondido detrás de uniformes estúpidos. Alguien a quien proteger o bajo quien protegerse. Imposible que se fijara solamente en la camisa de franela, en los desteñidos azulones ligeramente rasgados, de nuestra primera cita en esa heladería de ventanales rotos. Aunque la primera vez que me habló en confianza, para pedirme el número, le gustó la manera en que el color de mi cabello combinaba con mis ojos. Eso lo dijo luego. Más bien lo escribió por inbox, confesión tardía, al otro lado del océano. Dijo que esa tarde ya sospechaba estar *hasta donde no era* conmigo. Un mes después, vía skype, terminó con su novio. ¿Qué se sentirá poner un set tras otro de música tecno, ese ritmo impersonal para borregos, teniendo el corazón roto?

Ahora se va de *Tapas* con sus amigos. Dos mexicanos, una rumana y un bieloruso. Que no me pusiera celoso. Bulliciosas charlas, estúpidas, de proporciones babilónicas. Melisa y sus amigos. De *Tapas* todos. Destapándose hasta el colmo del narcisismo clase mediero dudosamente exitoso. Y ahí el Señor Tengopenedeinfantenegrete. El fresita de Jalisco que le tiró el cuento los primeros tres meses hasta que desistió, convencido de que era lesbiana. Melisa sáfica. Melisa lésbica. Melepigramática. Tortillera. Comecoños. Esa era la rumana. Y que no me pusiera celoso. Tranquila. Disfrutá. Luego me contás cómo te fue en tu destapadera

frustradora de libidos. Que me siento, ¿sentía?, seguro. *Hypocritón* mentiroso. El retrato de Mel en la sala de su casa: una colochona anteojudá de unos cinco años metida en su bikini fucsia, brazos en jarra, los labios algo gruesos desafiando a la cámara, el cabello enredado como la cabeza de medusa, la mirada petrificante detrás de los anteojos. ¿Quién te enseñó a posar así? Nadie. Desde entonces era así de coqueta. Edecana junior. Nadie. No body. Nadie Mel te enseñó a seducir. Nadie. Ese era el personaje a nombrar si le hubiese preguntado si ya le gustaba alguien en Salamanca. Por eso nunca se lo pregunté. No soy celoso. Estoy seguro de mí. Andá disfrutá. Qué madurez de novio. Pero si aparece alguien me contás. Y el emoticón con la lengua de fuera para hacerla sonreír. Me contás cualquier cosa interesante que suceda. Me servirá para el relato sobre becarios que quiero escribir. Observar bien el ambiente, a los hipsters de ese zoológico. Analizar hábitos esperpénticos. Apuntá en tu mente. Sos mi corresponsal. Mi Virginia Woolf funesta. Sandeces de esas. Frases estúpidamente complacientes. ¿Se las creía de verdad? Lo de su compañera andaluza bisexual era una verdadera cantera. Pero no andaba ganas de escribir cuentos inspirados en el realismo sucio. Andá disfrutá de los bares cervecedores, de los flirteos intensos, de la música tecno. Qué imbécil. Nunca necesité decírselo.

Melisa era una maestra de los goces nocturnos.

LA DEUDA DE PABLO

Bosco Hernández Ruiz

Bajó del taxi en la esquina del bulevar. La seguí sin que se diera cuenta. Prendió un cigarro y entró. Yo la seguía de cerca. Sacó condones de la cartera. Uno de los que esperaban se levantó y fue al cuarto. Ella lo siguió. Me senté a esperar. Afuera gemían dos autos. También esperaban a alguien. El tipo salió y los autos callaron. El labial había desaparecido. Contaba unos billetes que guardó en el sostén. El del auto le hizo una seña. Se fue. Humo. Había prendido otro cigarro. No se había dado cuenta que yo estaba ahí. Se asustó. Me señaló el cuarto.

No vengo a eso. Ella se sentó. ¿Qué buscás entonces? Vengo a pagarte la deuda de Pablo. Le di dos billetes. Es poco, me debe más. Cuando tengas todo regresá. Bostezó. Me apresuré a sacar la billetera. Le di cuatro billetes más. Con eso bastará. Contó el dinero. ¿De qué murió? Me enteré ayer. Conducía su moto. Se estrelló en la rotonda. ¿Y su mujer? Cobró la indemnización dos días después del entierro. Ahora está viviendo con su madre. Se levantó. Caminaba en círculos. Yo la observaba. Prendió otro cigarro. Prepararé café. Entró otra vez al cuarto. Dos minutos. Me dio la taza. Aún estaba caliente. Pensé que ya había perdido ese dinero. No. Él era justo. Cuando estaba en el hospital me dio la cadena de oro. La vendí. Te mandó dos billetes. También las gracias. ¿Murió en el hospital? Sí. El

casco le regaló medio día más de vida. Yo lo vi morir. Mandó tan poco que no me alcanzará para el mes. Su hija también tiene boca. Necesita comer. Un llanto la hizo levantarse. Entró al cuarto. Preparó el biberón con la misma agua del café. Media hora. El llanto cesó.

Once de la noche. Regresó al asiento. Así es el negocio. Cruzó las piernas. Simulé no verla. Yo no pensé embarazarme. Prendió un cigarro. Me lo dio. Cuando supe del bebé quise abortarlo. No me da tiempo. Consume mucho dinero. ¿Vos tenés hijos? No. Aún estoy en la universidad. Silencio. ¿Nunca te ha interesado tenerlos? Tampoco. A mí nunca me gustó esa cosa de universidad. Se gana más aquí. Se acercó. Deslizó el brazo por mi pierna. Estás algo grandecito para estar aún estudiando. Temblé. Pensé que tenías mujer. Me hablaba al oído. ¿Tenés novia? No. Yo nunca abandonaré a un hijo. Me haría cargo de mis actos. Se me acercaba más. ¿Eso harías? Sí. Me miró. Me examinaba de pies a cabeza. Serás un buen padre. No hay duda.

Sonó el celular. Disculpá. Es mi mamá. Un minuto. Tengo que irme. ¿Por qué? La estamos pasando bien. Bajó mi bragueta. La podemos pasar mejor. Sudaba. Es que...

¿Sos virgen? Sonrió. Bajé la cabeza. No te preocupés que yo te enseñe. No es eso. Ya no traigo más dinero. Se sentó. Miró hacia el cuarto. Cruzó las piernas. Comenzó a quitarse la ropa. Me quedé quieto. Desnuda. Deslizó las manos por sus pechos. Me apresuré a buscar la salida. ¿Qué pasa cariño? Me tenés miedo



verdad. Volvió a reír. Ya te dije que no traigo dinero. Se dirigió hacia mí. Comenzó a quitarme la camisa. ¿Pero el bebé? Ya está dormido. Te dije que serás buen padre. Cálmate. Mamá me espera. Podés quedarte aquí. La pasaremos rico. El reloj marcó las doce. Dudé un momento. Me quedaré. Te pagaré luego. Yo mismo vendré. No seré como él. Sonrió con malicia. No te preocupés cariño. Vos ya pagaste por Pablo.

RODILLA ROTA

Luis Enrique Palma

Katherine lloraba a escondidas cerca de los baños del colegio. Sollozaba sin temor a que la mirasen, con entera libertad, como los aborígenes destilaban océanos en los inicios del mundo. Aparentemente nadie la observaba, ni siquiera los profesores que solían vigilar esos alrededores. Todos, estudiantes y maestros, reunidos en la plaza principal de la escuela, preferían festejar el campeonato de fútbol recién conseguido por su colegio, antes que pensar en Katherine, quien, según ellos, casi les arruina la celebración por culpa de sus múltiples errores.

Pese a tratarse de la jugadora emblema del equipo, anotadora de goles decisivos en el intercolegial, Katherine había marcado en propia puerta durante esa final celebrada en nuestra escuela. Su desempeño fue pésimo durante el partido, vaya a saber uno por qué, hasta el punto que el entrenador, temiendo que los estudiantes nos tomáramos la cancha, la sustituyó durante al finalizar la primera mitad.

Mis compañeros, con memoria de lagartija, habían olvidado las proezas de Katherine en partidos anteriores, al igual que ella se había desentendido de sus pies y la pelota. No se guardaban ningún insulto, le dijeron de todo mientras la veían resbalar con el balón en la primera mitad. Me extrañó que no hubiese llorado

ante la mirada carnicera de todos; en aquel entonces, hace un par de décadas, ella era apenas una adolescente, vulnerable a la tristeza como cualquiera de su edad.

Que yo recuerde en ningún minuto de ese primer tiempo se derrumbó ante la angustia y la frustración. Su carácter, imponente en las victorias de su equipo, tampoco aflojaba en los malos momentos, al menos eso se advertía a primera impresión.

Entenderán, por tanto, que tenía mis razones para enamorarme de Katherine. No solo yo, casi todos en el colegio admirábamos su temperamento. También se justifica que me haya molestado con el entrenador –con el mundo en general– por haberla sustituido. A diferencia de mis compañeros, e incluso de mis profesores, yo no había desechado a Katherine del partido. Seguía creyendo en su talento. Pensaba que en cualquier momento de la segunda mitad, si se lo proponía y se libraba de la mala suerte, ella revertiría el marcador; aunque bien, debo ser franco, su presencia no fue necesaria para que nuestro equipo ganase.

A minutos de reanudarse el partido, cuando Katherine, enfurecida, se había aislado de la gente, sus compañeras marcaron un gol, y luego otro, y otro, hasta terminar ganando por goleada. Fue memorable, al menos eso decían mis compañeros, pues yo, la verdad, me acuerdo muy poco de ese segundo tiempo.

Creo recordar que ni celebré las anotaciones, mi pensamiento solo divagaba sobre Katherine. Me preocupaba lo que le había sucedido, cuestionándome por qué, en el partido más transcendental, había dejado de ser la futbolista de siempre. En el fondo, más que afligirme el resultado del partido, me preocupaba que Katherine hubiese cambiado de la noche a la mañana, con la misma fugacidad con que Ronaldo -lo digo con mucho respeto- descuidó sus tacones mágicos para mutar, casi sin que nos diésemos cuenta, en un gordito de rótula quebrada.

Temía que Katherine sufriese una mutación similar a la de Ronaldo. Cuando terminó el partido, decidí buscarla entre los rincones del colegio, sin importar que nunca le hubiese compartido alguna palabra. Pese a mi admiración, yo no la conocía en persona, jamás le había dicho alguna frase; sabía de su existencia gracias a los comentarios que escuchaba sobre ella en los pasillos. Para mí significaba, por tanto, un ideal similar a las aspiraciones futbolísticas que siguen los hinchas, a la altura de los regates de Ronaldo en la Copa del Mundo. Un ideal que, en ese momento, podría estar a mi alcance.

Encontré a Katherine, como creo haber dicho, cerca de los baños del colegio, ocultándose de cualquier rastro humano. Lloraba casi sin respirar, al borde de la asfixia. Se había extinto su carácter áspero e imbatible, si es que en realidad existió alguna vez. Me limité a verla desde la distancia, cuestionándome por qué, si

nuestro colegio había ganado el campeonato, ella no paraba de llorar. ¿Acaso no se había enterado del triunfo de sus compañeras? Tomando en cuenta su estado solitario en ese momento, distanciado de la fiesta, nadie pudo haberle informado sobre el resultado del partido.

Estaba claro que desconocía la victoria de su equipo, de lo contrario su llanto hubiese cesado y su mirada desganada y empapada hubiera desaparecido. En sus lágrimas, al parecer, se descoloraba el ensueño de su mirada, su singularidad. Me atrevo a decir que su llanto la convertía en una criatura idéntica a nosotros, el resto de la humanidad. Todo aquello era una lástima. Frente a mí se derrumbaba la idealización que había construido durante aquella temporada, en sus ojos, tristes y palpables, observaba la rodilla rota de Ronaldo, los vómitos de Messi, las piernas desgastadas de Puyol, en fin.

Comprendí por qué Katherine había estado conteniendo su llanto en la cancha, no quería que su inmortalidad fuese ultrajada ante los entrometidos. Por lo mismo, preferí omitir este incidente ante mis compañeros para no dañar la imagen de Katherine. Tampoco se lo comenté a ella, en parte porque los residuos de mi enamoramiento prevalecían la timidez y la impotencia. Ni siquiera le señalé que nuestro colegio había ganado el campeonato, a fin de que recuperase sus ánimos y, muy probablemente, su mirada.

A pesar de que, pasados los meses, ella volvió a anotar goles y protagonizar los partidos de su equipo, sus ojos no se deshicieron del aire compasivo, no dejaron de reflejarme residuos de piernas y rodillas. Desde esa vez que observé su desencanto a escondidas, Katherine dejó de ser la misma para mí. Su mirada perdió viveza. A menudo creía que nadie le había informado sobre la victoria de su equipo, como remedio para volviese a ser la de antes. Ni sus amigas ni el entrenador le hablaron de la goleada en el segundo tiempo, de la fiesta luego del partido, de todo eso. Nadie se apiadó de su tristeza. Así transcurrió toda su secundaria, es la fecha y la cosa no ha cambiado mucho.

Hace un par de días, de camino a trabajo, me encontré con Katherine a la espera de un taxi. Me excité un poco con la idea de reencontrarme con el pasado, por lo que me acerqué para observarla con más detalle, aunque siguiese sin conocerme. Alcancé a fijarme en su mirada, de la cual aún no me había olvidado por completo. Era triste y desganada, como la de cualquier otro ser humano, idéntica a la de aquella tarde que lloraba a escondidas. Al parecer seguía sin enterarse de la hazaña de sus compañeras. Me inspiró un poco de lástima. Habían transcurrido unos cuantos años, con quién sabe cuántas vivencias, y ella seguía sufriendo las penas del pasado.

En esta oportunidad, motivado más que todo por la compasión, decidí decirle la verdad de una vez por todas. Cuando le hablase del triunfo de nuestro colegio, yo podría idealizarla de nuevo, a diferencia de lo que ha ocurrido con Ronaldo, Messi y Puyol. Sin embargo, al contemplar la posibilidad de que ya estuviese enterada del asunto, vacilé en mi decisión. Y si aun sabiéndola, prefirió ignorar la verdad para no transformarse en quien fue en un inicio; y si se hizo la desentendida a propósito, queriendo evitar el sobrepeso de lo sobrenatural; y si ha apreciado más el residuo de su mirada antes que su antiguo par de ojos imponentes; y si los futbolistas lastiman sus rodillas por sí mismo... En lo que yo pensaba esto, Katherine se marchó en taxi con toda y su mirada, con la rótula de Ronaldo, el estómago de Messi, las piernas de Puyol y mi aprecio por el fútbol.

UNA TARDE DE FIESTA

Yader José Velázquez

La entrada de la casa estaba adornada con globos. Desde su cuarto llegaba la música de la radio: un sonido de otra época, pasado de moda. La señora de la casa entró en ropa interior, apenas cubierta por una toalla.

- Yesenia, la falda azul está arrugada. Hágame el favor de plancharla.

Los minutos pasaron y una camioneta se estacionó cerca de la entrada. Los primos entraron corriendo a la sala. Yesenia se sentó en la terraza, a lo lejos, observando los empaques de celofán y las bolsas de regalo.

- ¿Dónde está Roger? El niño no tarda en volver de clase.
- Se fue a traer el queque -dijo la joven. Estaba cansada, la noche anterior apenas había dormido.

Los demás niños corrían por el patio alrededor de la mesa de los mayores. El centro ocupado por varias botellas de vino, una jarra de sangría y una bandeja con jamón y queso. El padre entró a la casa sosteniendo un pastel, con cinco velas sobre el decorado. Saludó a los hermanos y sacó del termo una botella de cerveza.

- A ver vos muchacha, traete más hielo por favor, -se quitó los lentes de sol y tomó asiento- de paso sacás de la refri las cocas para los niños.

En el lavandero se acumulaban los platos sucios de la fiesta. Todo lo demás parecía en orden. Antes de abrir la refrigeradora, Yesenia intentó llamar de nuevo. El teléfono seguía apagado. Otra camioneta se estacionó frente a la casa y un niño vestido con ropas de karate bajó corriendo. La joven se apresuró a salir.

Llenó los vasos de gaseosas mientras los adultos felicitaban al niño. La única obligación del día: servir y ordenar, encargarse de la limpieza una vez terminada la fiesta. Varias cajas de pizzas permanecían apiladas cerca del asador. El padre, en shorts y camisa polo, abanicaba las brasas.

Volvió al banco a un lado de la terraza y vio a los niños entretenerse en los juegos del patio, correr entre los árboles con los juguetes nuevos. Las carcajadas acentuaban el dolor de cabeza. De algún modo, también se relacionaban con sus recuerdos. La madre salió arrastrando un bulto mediano, un carro de plástico y metal impulsado por electricidad. El niño subió y empezó a conducir sobre la grama, mientras los adultos disparaban fotografías.

- Gracias por la visita -dijo la madre al despedir a los primos- siempre nos alegra compartir con la familia.

Después de recoger los muebles del patio y lavar los platos, Yesenia apagó las luces del corredor y la cocina y se dirigió a su cuarto. Hacía calor y encendió el abanico. Se sentó en la cama, vio el espejo roto a un lado de la habitación, su cuerpo delgado, aún joven, desmejorado por el cansancio. Suspiró. sintió deseos de salir, pero no había ningún sitio a donde ir. Volvió a marcar el número de su marido: una voz grave y frágil respondió.

- ¿Y vos, por qué no me contestabas el teléfono?
- No tenés por qué meterte en mi vida.
- ¿Has estado bebiendo de nuevo? Así te gastás todo lo que le mando a los chavalos.
- Así soy yo. Aceptame como soy, ¿para qué te casás conmigo si vas andar llorando?
- Quiero hablar con la niña, no me hagás perder el tiempo -la mujer apartó la vista del espejo, supo de otra presencia al otro lado de la línea.
- Feliz cumpleaños, hija, que Dios te bendiga, ojalá pueda llegar el próximo sábado.

EL DESTINO DE FELIPE

Ana Francis Chow

El futuro era incierto, no sabía qué pasaría con él después que la vida le había arrebatado a sus padres.

Úrsula, el ama de llaves, había quedado encargada de cuidar de Felipe, mientras él cumplía la mayoría de edad para hacerse cargo de su herencia.

Úrsula era ambiciosa y junto con su esposo Jacinto, el jardinero, decidió encerrar a Felipe en el sótano para apropiarse de la herencia.

Encerraron a Felipe en el oscuro sótano, como lo habían planeado, el sótano lo enllavaban y no le permitían salir, pero diario le llevaban los tres tiempos de comida, pero cuando le iban a dejar la cena, dejaban junto con el plato de comida una caja que retiraban en la mañana cuando le llevaban el desayuno.

Felipe intentaba escaparse, pero sus esfuerzos eran inútiles, sin embargo, no abría la caja porque pensaba que se trataba de herramientas de jardinería que no le serían útiles para escapar, pero una noche no le dejaron comida, solo la caja.

Entonces, él decidió abrir la caja para buscar una herramienta que le sirviera para abrir la puerta.

Cuando abrió la caja, sintió algo pegajoso y blando, en medio de la oscuridad no reconocía al extraño objeto. Siguió buscando y sintió que el objeto se le enrollaba en el brazo, entonces supo que se trataba de una serpiente.

Él le tenía pánico a las serpientes y al tenerla enrollada en su brazo la sintió fría, viscosa y escamosa, le dio un ataque y un escalofrío le recorrió el cuerpo, pronto le faltó la respiración y se desmayó.

Úrsula y Jacinto lo dejaron abandonado en un hospital. Al día siguiente, cuando despertó, estaba aturdido pero pronto recordó lo sucedido y se escapó del hospital. Él ya no era el mismo joven retraído, la aterradora experiencia le causó un trauma y él decidió vengarse de la sociedad por los males que había pasado.

Regresó a la casa y con una hoz asesinó a Úrsula y a Jacinto, se fue a pedir posada a la aldea más cercana. Se hacía pasar por indigente y por las noches asesinaba a sus benefactores.

Pronto se convirtió en el criminal más buscado de la región. Huyó hacia otra región y fue a la casa de una anciana a pedir refugio, ella le dio de cenar y le dio

donde dormir. Mientras la anciana dormía, él se levantó con la hoz en la mano y caminó lentamente hacia la habitación de la anciana, al abrir la puerta se acercó rápidamente hacia la cama; cuando levantó la hoz para dejarla caer en el cuello de la desdichada anciana, oyó un disparo y sintió que su estómago se quemaba. Soltó la hoz y se revisó el estómago, se asustó al ver un orificio en el abdomen que no paraba de sangrar.

Cayó tendido en el piso, sosteniéndose el abdomen, sintiendo como poco a poco su vida se apagaba.

Irónicamente, la anciana que se convertiría en una víctima más, acabo con la miserable vida de su victimario.

Happy endings

Carlos M-Castro

No sé por qué Lucrecia me duele tanto. Tres años y aún pienso que todo fue mi culpa: su decisión de ir como fotorreportera pese a saber que la tenían fichada; los infiltrados del Movimiento Antilúdico que provocaron a las autoridades; la lluvia de balas sobre los manifestantes.

Mi rutina me obligaba a escribir cada mañana al menos una página y luego publicarla en el blog, y ese jueves de mayo, no en París ni con aguacero, sino en Managua y rozando los 40 celsius, Lucrecia salió insultándome de mi departamento y se fue en su carro a donde empezaban a aglomerarse los estudiantes para la protesta.

Es verdad que no debí escribir sobre la Banda del Pico Rojo ni vincularla a ella; pero cómo saber que el Gobierno tenía acceso remoto a mi disco duro. A las seis de la mañana llamé a su casa para pedirle que leyera mi crónica. ¡Mandame la chochada por correo! Mejor venite, Lucky, en serio, no sé si sea prudente...

Unos meses antes Educación y Hacienda habían presentado al Parlamento un proyecto de ley para, entre otras cosas supuestamente progres, quitarles fondos a las universidades públicas y obligarlas a someter sus planes de estudio a revisión ante el Estado. Las protestas iniciaron el mismo día.

Freddie Quesada, rector de la Autónoma, hizo circular a mediodía un borrador de manifiesto para que los estudiantes lo discutieran y suscribieran, tras modificar lo que hiciera falta. Carlos Villa, que estudiaba Antropología ahí mismo, y Fernanda Seledón, que iba en tercero de Filosofía en la Centroamericana, se movilizaron recinto por recinto y fueron diseñando un plan de lucha con liderazgo espontáneo. Los sindicatos de maestros se solidarizaron con su causa y muchos artistas pusieron sus talentos al servicio de los estudiantes.

Al caer la tarde los sitios web de Educación, Hacienda, el Parlamento y los medios de comunicación que ocultaban lo que sucedía habían sido intervenidos y en varios de ellos podía leerse el *Manifiesto de Marzo*. Era viernes y por la noche bandas y solistas dieron un concierto en el Parque Central de Jinotepe, al sureste de Managua, ante la negativa del Distrito Capital de permitir el Festival Urgente para una Nicaragua Libre.

La efervescencia se mantuvo ese fin de semana, del 23 al 25; los estudiantes se mantuvieron a salvo de represiones por ser el *trending topic*. Las redes sociales

hervían en la web. El lunes siguiente paredes de vías principales amanecieron pintadas con grafitis de consignas en la capital y nadie pudo cerrar la boca frente al monumental esténcil sobre la Gran Autopista a Masaya en el que Rubén Darío se disparaba con un paraguas en la cabeza, de donde brotaban pétalos de sacuanjoche que llegaban a tapizar incluso parte de la fachada del edificio Pellas.

El ambiente general era tenso y a partir de ese día el transporte colectivo se fue a paro parcial, dejando de atender las rutas que conectaban con las universidades y bloqueando de hecho el acceso a ellas. La Policía Patriótica salió a las calles y en avenidas principales y centros de comercio podía verse grupos de tres, cinco, ocho oficiales cargando a veces armas de gran calibre.

Toda esa semana hubo que circular con un permiso firmado por el Jefe de Área Vecinal correspondiente o una orden de asistencia laboral extendida por el centro de trabajo de cada quien. Las clases en los institutos se suspendieron y los estudiantes de bachillerato marcharon cada día en reclamo por un aumento en la asignación presupuestaria a su sector. No hubo ningún incidente.

A comienzos de abril Fernanda y Villa fueron detenidos por la Patriótica, acusados de posesión y expendio de estupefaciones y fraude fiscal. Quesada aparecía a diario en radio, televisión y prensa escrita protagonizando historias de acoso

sexual, sodomía, malversación de fondos y delirios de grandeza. Marzo ya era historia antigua.

A finales de mes, tras peticiones, reclamos primero y al final incluso ruegos, para lograr la liberación de los presos, que ya eran más de diez, la Banda del Pico Rojo convocó a la Marcha Nacional de los Pies Desnudos: una caminata sin zapatos desde la Plaza de las Victorias hasta el Parlamento, que por entonces estrenaba edificio al sur de la ciudad, en la lujosa zona que el progreso revolucionario había por fin traído a nuestra amada Patria.

Varios afiches fueron subidos a la web e impresos para ser repartidos por la red de prostitutas aliadas del Pico Rojo y los vendedores de agua helada y huelepegas reclutados. A mí –arrastrado por Lucrecia– me tocaba redactar notas sobre el movimiento estudiantil («y de liberación») que publicarían en agencias internacionales durante los días previos a la manifestación.

A Lucrecia la conocí a finales del año anterior, en 2011, en una exposición de arte *queer* a la que fui por insistencia del Sueco, en el cine July, cerca de mi departamento. ¡No seás boludo, Ernesto!, a esos eventos llega mucha niña esnob disfrazada de lesbiana, llegan en pares, una más rica que la otra, buscando en realidad una polla lo suficientemente grande para embrochetarlas. Traté de

disuadirlo diciéndole que más bien algún travesti o transexual le iba a salir y a lo mejor y hasta le gustaba, pero él insistió y alegó que tenía el mejor ojo de toda Managua. ¡Ojo clínico!, a mí ningún marica me lo da con el dedo, Ernesto, por muy oscuro que esté el lugar y muy arregladita que se ponga la pendeja.

La actividad la había montado Mariane Estrada con el Colectivo MorbosintaXXXis y se exponían piezas de toda Centroamérica y parte del Caribe. A Mariane me la había encontrado semanas atrás en el estreno de *El pueta descalzo*, película basada en una novela de Lizandro Chávez Alfaro, y en esa ocasión me invitó a la expo, recordándome sutilmente un favor que le debía. O vas al July hoy, o le terminás haciendo el favor a esa maje, me sentenció el Sueco, que sabía de unos votos ridículos que había hecho desde la última relación desastrosa que tuve.

Apenas franqueamos la entrada, decorada como una inmensa vagina de látex que era imposible no rozar (el Sueco, que es flaco y alto, cabeceó intencionadamente el clítoris que hacía de dintel), oímos unos gemidos, sonido que se activaba cada vez que alguien atravesaba los labios carnosos y que duraba todo el recorrido del pasillo hasta el interior del July, que normalmente funciona como cine porno.

—¡Ernie, cariño! —me interceptó con los brazos en V, la cabeza enmarcada por guirnalda azul eléctrico, un conocido mío para quien yo resultaba ser eso que llaman *BFF*, a falta de alguien más cercano que tuviese una pizca de mi paciencia y

buenos modales. Ricardo, que usaba el nombre artístico de Chantilly y medía como metro y medio, se me colgó del cuello y me arrastró hacia el espacio donde estaba su instalación, ignorando sin pudor al Sueco, quien caminaba hacia otra dirección mientras me mostraba sus pulgares y me sonreía y levantaba sus cejas.

—Tomá, te ves cansado. —Ricardo me alargó un vaso.

—Está bien rico. ¡Probalo! —Una mujer con un minivestido hecho de bolsas para basura apareció a mi lado. Su cabello, corto y fucsia, estaba lleno de escarcha.

—¿Ves esta puerta? —Ricardo señaló una especie de habitación que en realidad era una inmensa caja de cartón, como esas cabinas para tomarte fotos, a la que daba acceso una puerta improvisada con más plástico negro—. Te conduce hacia lo que deseás con más ardor.

Había terminado mi bebida y la mujer fucsia me quitaba la camisa.

—Mi instalación consiste en la satisfacción plena del mayor de los deseos —susurraba mi conocido—. Y vos vas a ser el primero en beneficiarse de mi arte.

A medida que me hacían entrar, mi cuerpo se aligeraba, mis pensamientos se adelgazaban y expandían, dejando mi cabeza vacía. Sentía un intenso calor. Y experimentaba una erección monumental.

La mujer me había desvestido por completo. Yo me prestaba dócil al juego. Dentro de la caja, permanecí inmóvil. Hubo silencio. Estaba completamente a oscuras. De pronto sentí una mano apretarme una nalga. Otra me acariciaba una mejía. Y otra más me sopesaba los testículos. La mano de la nalga se duplicaba. Mis pezones eran pellizados gentilmente. Y al mismo tiempo una mano más sujetó mi pene. En mí solo fluía placer.

Abrí los ojos y me vi acostado, vestido y con zapatos, sobre una enorme cama. Una cortina ocultaba un sol vespertino que casi se hundía en el horizonte; me di cuenta porque, apenas desperté, alguien la recorría y me empezaba a disparar una retahíla de palabras al principio incomprensibles.

—No te entiendo.

—Que si te sentís bien. ¿Te-sen-tis-bién? No jodás, para ser escritor tenés una capacidad lingüística demasiado limitada. Yo no sé cómo es que a vos te paran tanta pelota, si sos apenas útil en sociedad, sos como un chavalito.

Eso último lo dijo gritando desde el baño, que estaba dentro de la habitación y desde donde empezaban a escucharse algunos pedos fofos.

— Si te sentís incómodo, salite a la cocina a buscar comida o café — volvió a gritar —
. A los hombres les cuesta aceptar que las mujeres también cagamos. No sé, maje...

Ya no la seguí escuchando. Decidí salir. Al llegar a la cocina, me di cuenta de que estaba en una casa absolutamente desconocida para mí; se trataba de una casa de familia, sin duda, por los retratos colgados en las paredes, el comedor de varias plazas, la refri llena y ordenada; en fin, estaba en la casa de la familia de alguien, pero ¿de quién? La chica que recién me había atacado con sol, palabra y flatulencia no me sonaba a nada.

Me serví agua helada y al instante había acabado una jarra y procedía con otra, mientras trataba infructuosamente de reconstruirme la noche anterior y conjeturaba cómo había terminado allí.

— ¡Maje, ese hijueputa sí se puso bien loco! — Una voz ronca de mujer interrumpió mis cavilaciones. La conversación me llegaba en sordina, apenas distinguía palabras sueltas. La otra persona respondía con monosílabos; se oía la primera voz casi como soliloquio, desde fuera del inmueble.

Dejé de escuchar por unos segundos y de pronto me espantó una voz a mis espaldas:

— ¿Te culeaste a la Lucrecia?

Me quedé viendo seguramente como imbécil a la propietaria de esa voz ronca que me increpaba. Antes de poder adivinar que me hablaba a mí, prosiguió sin respirar:

— ¡No, hombre, si estabas hecho un zombi! ¡Qué ibas a poder hacer ni mierda! De seguro ni se te paró. — Al notar mi desconcierto, se quitó unas enormes gafas oscuras que llevaba entre su diminuta nariz y su frente pronunciada —. Soy Selene, majee, estás en mi casa; la Lucrecia te trajo a medianoche y me dijo que no te podía dejar en ese estado, que te halló a media calle en pelotas ahí por el lado de Santera, tenés suerte, hijueputa, te hubiera llevado la Patriotera; esta majee llevó la cuenta del Premio Nacional de Narrativa que ganaste hace poco y te reconoció. Vos sos Ernesto Martínez, ¿no?

Apenas pude asentir con la cabeza, al tiempo que me incorporaba.

— No te levantés, niño, quedate hasta recuperarte, la Emi viene ahorita con una ropa más apropiada, te bañás, te cambiás, comés algo, *chill'in!*

Apenas entonces noté que llevaba puesto un pantalón de tela aguada, como tres tallas más grande que la mía, una faja que más bien parecía cordel para tender ropa, zapatos tenis de mujer y una camisa como bata de doctor, sin calzoncillos.

—La Lucrecia te puso eso para no andarte en bolas en la calle; te recogió, pero no te trajo ahí nomás a la casa, tenía que hacer otra vuelta. No creás que siempre anda lista con ropa en el carro por si encuentra un ejemplar como vos; de casualidad andaba esas mierdas que le dejó una bróder que hace teatro.

Intento ahora frankensteinizar a esa mujer por la que llegué a sentir algo desmesurado, más intenso que el ardor después de un mes sin coca, algo que desborda el cerco cruel de la mentada realidad, algo que no sé si atreverme a llamar amor.

Lucrecia conduciendo a toda prisa.

Lucrecia pisando intestinal el acelerador.

Lucrecia yendo hacia la hoguera.

Pasó casi una hora desde que dejó mi departamento; en ese tiempo, tras lograr recuperar mi voluntad de acción, texteeé a la gente que compartíamos en ese universo catatónico creado a partir de nuestras neuras: ¿sabés de Luck?, ¿has visto a la caminante del cielo?, estoy preocupado, prix; mensajes de ese tipo.

Nadie sabía de ella y su celular rechazaba mis llamadas. La protesta había empezado y yo *observaba* todo desde la comodidad de mi *smartphone*.

Salvadora del hombre. Lucrecia siempre odió su segundo nombre. Alejandra es nombre de hombre, maje; y esa paja de los significados y el destino, pura chochada... Siempre le recordaba lo que había hecho por mí aquella noche. Te quería coger, prix, ya te había visto en las redes y verte empelotado me motivó más. Yo la conocía, lo habría hecho por cualquiera.

Desesperado, decidí ir a la manifestación; salí del departamento y en las escaleras me interceptó el Sueco.

—¡Loco, loco!, ¡perdoname! Vos sos mi hermano, vos sos mi hermano. —Se lo miraba muy alterado, yo sabía que en los últimos meses había tenido recaídas alarmantes en su consumo de *meth*, pero estaba demasiado alelado con Lucrecia como para hacerme cargo—. ¡No vayás a la marcha, Ernesto! Yo no quería, yo no quería, yo no quería.

El Sueco me confesó que se había enrolado en un grupo de fanáticos que era algo así como el brazo armado intelectual del Partido: el Movimiento Antilúdico; unos locos que se creían iluminados y llamados a establecer las líneas ideológicas que debían regir a la Patria. Como mi amigo, eran lectores voraces y casi igualmente

avorazados con toda clase de estimulantes. Para expandir la mente, Ernesto, solo eso, solo eso, solo eso...

Así supe cuál era el plan para ese día. Envié un mensaje con tono urgente a Lucrecia; finalmente me llamó, me dijo que aún no llegaba. Pasé primero buscando unas varas por mi casa. No vayás, no vayás, Lucky, no vayás; quedate ahí, yo te busco.

Dejé al Sueco en el departamento, con suficientes calmantes para que no hiciera alguna estupidez, y me fui. Doña Lucrecia no está, salió como pedo de mula hace un ratito. Reemprendí la marcha, pero Lucrecia me llamó antes de que avanzara más de dos calles. ¡Llegué tarde, Ernesto! ¡Toda la Banda, majee!, ¡toda la Banda!, ¡es mi culpa, es mi culpa, es mi culpa! Te amo.

Al día siguiente su carro apareció en un barranco camino hacia Carazo.

MIENTRAS CAMINA

José Abraham Guevara Chamorro

Mientras camina, hunde los brazos en el aire. Nada lo detiene, atropella a quien le sale a su paso. Dijo que es de Rivas. — ¡Je, je! La ciudad de los mangos, ¡je, je! Prosigue su recorrido; reparte golpes con sus brazos al azar. Va en el pasillo de punta a punta, una distancia de diez metros. Lo ha estado haciendo desde las seis de la mañana, ahora que son las doce meridiano, seguirá, pero enfilado, anunciaron la hora de almorzar. Manuel, alto, de tez azulada, brilla con el sudor a cuesta, sus extremidades largas le ahorran distancias. Julio Villachica abandona la plazoleta del patio central. El periplo de las regaderas al patio, es su deleite apenas se levanta. Largo tiempo pasa expuesto a los rayos del sol, su cuerpo parece el de un marinero, con su dorada piel. Julio, a él nadie acá le conoce la voz, y no es que sea sordomudo, porque oye, más cuando anuncian la hora de las comidas. El tiburón, así le dicen, un descuido de un comensal, y Julio lo deja sin su alimento.

Manuel va en la fila detrás de Sabatini, a quien el dragón añil le resguarda la espalda, por el frente sus zarcos ojos a lo Rasputín, son dantescos. ¡Qué locura todo esto! Son cincuenta y cuatro individuos, diversos caracteres, distintas circunstancias se han congregado en este lugar.

– Los únicos que dialogamos, somos nosotros dos, verdad Vinicio.

– Así es, Oscar.

– Ojala que la Licenciada no se aparezca con esa comida extraña. ¿Cómo dijo que se llama, Vinicio?

– ¡Pavo horneado!

– Es insípido, y no tenemos más alternativa que comerlo, la licenciada Carmen, siempre espera hasta que la terminemos.

– Yo voy hacer el simulacro, Oscar, de comerlo, fingiré, ya que en el menor descuido de ella, arrojaré la boñiga de comida al monte.

– Vos Vinicio, no has leído ninguna página del Libro. Me quedé anclado en la parte que dice: “no es lo mismo llegar al rotulo que dice; aquí es Bombay, devolverse, y decir he llegado a Bombay”.

—Poco o nada me interesa de ese libro, u otro. No sé cómo te encanta a vos Oscar, leer y leer, por eso creo que siempre te vas al fondo, donde empiezas a dramatizar lo que lees.

—Ya, ya, Vinicio, mejor fumémonos un cigarrito, mejor si son de los tuyos.

—Solo te recuerdo, Oscar, que después es tu turno, no quiero discutir contigo de a quien le toca.

Sonó el fosforo y de inmediato con la llama fulgurante, encendieron los cigarros. El dialogo cesó, intercambiaron expresiones, a través de los ojos. Las sonrisas de ambos, denotaba lo complacido que estaban. Eran los únicos dos que podían fumar como en una eternidad, en aquel poblado lugar.

Él siempre se distinguía por su soledad, no reparaba en ninguno de sus vecinos. A veces lo atropellaban y ni así se inmutaba. Nadie lo vio perder el control por muy asediado que fuera. Polín le decían, vino de Boaco. Poseía una cara bonachona. Sus ojos pequeños como de cusuco, escondían su verdadera personalidad, o mejor dicho no revelaban nada de él. Se bañaba, andaba por el sitio, comía y se dormía por la noche. No se le vio dormir de día, nunca.

Por la noche el cajón de aquel edificio verde, gemía. Ambulantes sábanas blancas manchaban la oscuridad. Los ruidos que hacían las ratas, eran diáfanos en el silencio de la lobrete. La procesión de almas albas se traspasaba uniéndose solo en el instante de su leve fusión, para luego resurgir. Infinito se pavoneaba el misterio de lamentos, surgidos desde los huecos de las tuberías. Debía estar alerta. Ante el menor incidente, listo.

El primer cadáver localizado entre unos arbustos del patio trasero del comedor, de inmediato fue diagnosticado como muerte natural. Perteneció a un hombre pequeño, encorvado, de unos cuarenta años. Acostumbrado a recoger chivas de cigarro apagadas, e introducirlas en su boca, las empujaba con su lengua al cielo de su cavidad. Caminaba con las manos enlazadas por la espalda, la vista en picada, su calvicie brillaba por el corredor externo de la casona verde.

Aquella muerte pronto dejó de ser acontecimiento. En la casona verde la vida continuó con su rutina, hasta que otro hombre fue encontrado por los custodias, tendido sobre la banca de concreto del patio delantero de la sección de Mujeres, Tieso. La alarma se elevó. ¡Sorpresa! El hombre difunto, era el infortunado Julio Vichachica. Aquí hubo estupor. Julio, según los últimos exámenes rutinarios, de hace cinco días atrás, arrojaron una salud envidiable. El ambiente de la casona verde se tornó agitado, los nervios se encimaron en todos. Las reuniones de

autoridades de la casona se dieron continuas. La vigilancia se incrementó y los ojos escudriñadores más avispados.

No se había enfriado el cadáver del Tiburón, cuando a los dos días otro cadáver. Éste tenía los ojos brotados, lacerada la espalda, sus largas extremidades estaban violáceas. El cadáver pálido, con la boca abierta pareció a la hora de su final revelarnos algo. El conteo de la casona verde, declaro en la ausencia, que se trataba de Mateo Sabatini, originario de la ciudad de Sebaco. Las cuencas oscuras de Sabatini anularon su ferocidad.

El aislado sitio de la casona, pronto fue invadido. Inspectores de la estación dos de policía de Managua, empezaron a interrogar al personal de custodia de la casa verde. A unos los indagaron en el lugar, otros fueron citados a la delegación policial.

Las investigaciones se prologaron ante la falta de certeza en las conclusiones del peritaje policial. El asunto se durmió, hasta que fue levantado de nuevo por dos muertes más. El hombre de Rivas ya no volvería a sentirse orgulloso de su ciudad, la de los mangos, ni a dar sus interminables caminatas dentro del pasillo de la casona. Ahorro de golpes, que feliz se hubiera sentido el Tiburón de una boca menos. Manuel cual largo era, yacía con su cara, sobre la enorme lengua, que salía

del cadáver de Sergio Domínguez. La cantidad de fallecidos llegó a cinco. La casona verde ardió en locuras. Los fiscales invadieron el lugar, auxilio judicial de la policía se hizo cargo de las muertes, aun no esclarecidas.

Estos acontecimientos fueron seguidos con atención minuciosa por Vinicio y Oscar, los únicos ciudadanos de la casona verde, que al menos podían mantener una conversación coherente.

– ¡Qué barbaridad, Oscar, el pobre Julito, hasta Mateo!

–Y, Sergio, ya no dispara sus golpes de boxeador, descanso a sus muñones, ya no habrá porque metérselos a su boca sin dientes.

–Pienso que pudo haber sido el Príncipe, el responsable de las muertes, no piensas así, Oscar.

– ¡Uh! No lo creo, más bien parece obra de Manzano, para no estarse molestando en arriar los enfermos. Con menos, descansa más.

–No lo sé, Oscar, cualquiera de estos individuos, son capaces de estrangular un chanco.

– ¡Un momento, Vinicio! Ve allá, por el pasillo de afuera, ahí llevan a Alfredo, también va Polín, si éste ni se mete con nadie. Acaso sospecharan de los dos. De Alfredo quizá, pero de Polín no lo creo. Tal vez es que nos llamaran a todos, incluyendo a nosotros dos. Son rutinas de investigación, a las cuales no debemos tener miedo, Vinicio, verdad.

–Yo, estoy tranquilo, no le he puesto mis manos a ninguna garganta por este lugar. A mí que me investiguen lo que quieran los policías, total no les he tenido miedo, ya he tratado con ellos anteriormente.

–El momento que les tuve miedo, fue cuando me garrotearon dentro de la Iglesia de San Marcos. En aquella ocasión sentí la muerte bajo la lluvia de bastones que me dejaron ir. Con solo verlos se me enchina la piel. Deseara que nunca me llamaran, tócame, Vinicio.

–Estate tranquilo. Vas a ver, la licenciada Carmen, abogaría por nosotros, ante cualquier injusta acusación que nos hicieran. No te desesperes, Oscar.

La trabajadora social, Zullen, casi cae al piso encerado, al doblar hacia la oficina que servía de interrogatorio, gracias a la psicóloga Sonia que le agarro del brazo no

cayo. Ambas se unieron a las pesquisas. Cifraban las cuatro de la tarde, cuando salió de la oficina Alfredo.

La tarde moría en el silencio, y antes que falleciera para dar vida a la noche, un grito tenebroso como un disparo, se atravesó por las paredes de la oficina, invadiendo a toda la casona verde.

– ¡Ya déjenme en paz!

– ¡Basta, no molesten más!

– ¡Carajo, suéltense las manos!

Los gritos del hombre, eran desgarradores. Se escuchaba el enorme desconcierto en aquel recinto. Las sillas hundidas contra el piso una y otra vez, evidenciaba la lid del hombre pidiendo libertad.

– ¡Hay, hay! Suéltense, se los ruego.

– ¡Mamá!

— ¡Basta, basta!

Luego de ese basta, el silencio retornó, pareció que un sueño dominara a todos, pasaron uno dos minutos, las voces ya como en susurros apenas se percibieron afuera. La calma zozobró, emergiendo nuevamente el energúmeno a vociferar:

— ¡Sí, sí, ya no jodan!

— ¡Fui yo!

— Estoy molesto, bien enojado con ustedes. No me dejaron terminar mi meta. Eran seis los que tenía planificado estrangular. Sólo me dejaron hacerlo con cinco.

— A Mateo le saque los ojos, porque me daban terror su color. Se hizo fácil, le hundí el tenedor en cada ojo, de un solo tirón se los destripe. Se miraba mejor sin ellos.

— Julio, él me las debía, muchas veces me arrebató mi comida. Por poco se me escapa, pero pudo más mi fuerza que la de él. Pase bastantes minutos con mis manos apretada sobre su garganta por miedo a que respirara todavía.

– ¡Ja, ja! Jamás me volverá a golpear, Sergio, ni Manuel.

Un silencio melancólico compareció, enmudeciendo a todos. Los oficiales de la Dirección de auxilio judicial, fueron los primeros en marcharse, seguidos de los fiscales, no así el personal administrativo de la casona verde. Una larga noche les esperaba en la oficina. Las afanadoras de turno se multiplicaron llevando café y repostería para la jornada nocturna.

– Polín, Polín, quien se lo iba a imaginar, Vinicio.

– Estoy anonadado, Oscar, no lo puede creer todavía, Polín, el dulce Polín. Sí con nadie se metía.

– Cuantos caballos de fuerza ocultaba Polín. Siendo un hombre pequeño, no pareciera que tan descomunal energía surgiera de él. Si hasta un animal inofensivo se mira con sus ojitos de cusuco. Vinicio, de hoy en adelante, andaré arisco. Donde menos uno espera surge la sorpresa. ¡Cúidate, Vinicio!

– Nos cuidaremos, Oscar, ambos nos defenderemos de estos esquizofrénicos. Por muy chiquitos que sean.

Se apagaron las luces, dando paso al rato, al viaje de las sábanas alboradas; los gemidos en la tubería. Las chinelas caminaron esa noche.

OQUEDAD

Gerardo Zúniga

Un muchacho cierra un sobre con su saliva y lo deja sobre su cama, otro muchacho se fuma un cigarro y lo arroja al piso, el muchacho del sobre mira por la ventada y piensa en lo que amó en vida, el muchacho del cigarro, mirada al suelo, siente que las penas conquistaron el tiempo.

Un muchacho estruja la foto de una muchacha, la aprisiona con fuerza para estropearla, otro muchacho pone un disco que le recuerda a una muchacha, la escucha muy bajo, sólo para él, el muchacho del disco piensa en lo linda que es la voz de la muchacha, el muchacho de la foto piensa que no es digno de aquella belleza.

El muchacho que fue el primero antes, escribe un soneto perdiendo letras líquidas, el otro muchacho que es segundo escribe una prosema encontrando palabras coaguladas. Ambos son sobre la dueña de su incondición de hombres, la que fue propietaria de los ojos de uno y de los brazos del otro, por la que uno sufre su libertad y el otro goza su esplendor.

Ambos salen a la misma hora y al mismo lugar, conocen el punto de la reunión, lo saben como plegaria; en el pozo a las 5pm del 23 de **** pensaron que esa hora era la mejor, donde no es ni día ni noche en el centro del mundo, donde el cielo es rojo y agrio. De frente el uno del otro, uno puñal en mano el otro manos abiertas.

Un cuerpo golpea las aguas tranquilas y pútridas del pozo, y le convida el color de la tarde al pedazo de cielo subterráneo. Él no quiso recluir a la flor, no era suya pero la quería sólo para él, entonces la lepra lo carcomía al saberla lejos de él. Sólo salió un muchacho del campo esa tarde, un muchacho había entrado solo aquella tarde.

CONTRA LA VÍA

Gerardo Zúniga

Las calles, sean como sean son un sinsentido; él caminaba sin rumbo, con sus ojos umbríos, grisáceos, de tanto ver mujeres grises, que lo bañaban de la plomiza coloratura de sus cabezas vertidas lenta y tortuosamente por su boca, pero en una esquina, casi por accidente, Hele nacarada pero gris como las demás, una mujer de cabeza tornasol, lo ha visto con el rabillo pero sigue su paso, con tal de sentir el arco del cielo de su mollera, la sigue; pasó entre abrojos, hambre, pampas, ciénagas, sueño... hasta que se hubo sentado en una banca líquida con ella, vio sus grandes ojos y su nariz pequeña, sabía que los hombres eran de marte y las



mujeres de venus pero eran sólo las mujeres bicolores, en cambio está tenía el color del mundo sobre sus cejas y fue ese color fue el que desgastó al hombre entre ciénagas y abrojos, entre sueño y hambre, para caer a los pies, de la mujer que no era Venus, sino Minerva, entonces recordó que los hombres eran Marte y que prefería tener dos palabras a mil letras de muerte. Entonces se volvió lechuza y se fue... desde entonces llevo siempre mi rifle al hombro por las calles.

LOS GIRASOLES

Emilia Yang

La tarde de Managua se deshacía y los árboles de la vida iluminaban el camino amarillo detrás de la rotonda. Mari caminaba rápido entre la gente por el bulevar para encontrarse con sus compañeras frente a Plaza Inter. Las tres han trabajado juntas en el mismo punto desde que cerraron el Elite.

¿Todo eso es tuyo amor?! preguntó Luz mientras la revisaba de arriba a abajo. Su cuerpo voluptuoso le da juventud, sus ojos dureza.

Sí, tierna, ahí donde me ves yo sí gasto para andar bella. No voy a andar toda haraposa como vos. Mari subía el mentón y sacaba su polvera para repintarse los labios en rojo.

Ay mírala, anda toda cubierta, hasta parece seria. Sandy le señalaba el pecho.

Es que vengo de capacitación con el Consejo, entre susurros Mari les confiaba apenada.

¡Sólo verga sos! Le reclamó Sandy, la más pequeña de las tres, quien se acomodaba sus sandalias y el busto para alcanzar en su vestido celeste.

Ay déjame ser, así soy feliz.

Oí, jajaja, que la puta ahora quiere ser leguleya.

Piensen lo que quieran, ahora así nos vamos a defender y nadie nos va a hacer mates, ni la pesca. Ya denunciemos al hombre que le rayó la cara la Rosita, está preso y le vamos a dar seguimiento. Con eso yo me conformo.

No jodás, sonás a anuncio de radio vos. Sólo te falta que me mandés al culto. Se rió Sandy para sí misma pensando; ésta jodida sólo quiere andar de vaga con los policías del barrio.

Mari continuó su discurso; Ustedes no me creen. La Juana ahora es promotora de salud, yo voy a trabajar en las elecciones. El gobierno nos apoya. Hasta vamos a cambiar las leyes. Mi comandante tiene mi voto.

A pesar que Sandy no sabía leer, estaba segura que no quería tener nada que ver con un sistema que siempre se había olvidado de ellas.

Yo no sé, algo se anda la Chayo entre manos. A mi no me van a comprar. Por eso soy puta. Además, ya pronto me voy a la verga de aquí.

Oscurecía y Sandy recibió una llamada. Mari cambió de tema porque estaba aburrida y sabía que a quién debía convencer de organizarse era a Sandy.

Oíme, ahí cerca andaba tu cliente, el de las siete.

Sí, ya me chatió. Ese hombre es bien bueno, vieras vos, paga bien y hasta sabe riquísima su turca, le dijo Luz sobándose los brazos.

Yo sueño con cogermé a ese comisionado guapo. El que me toca a las diez no me gusta, porque sólo por el culo le gusta, dice que su mujer no se lo presta.

Sandy regresó al círculo sonriente y Mari inmediatamente leyó su sonrisa:

Ese taxero desgraciado te va a arruinar, hijueputa.

Nombre, ya quedé vacunada con el hombre mierda ese.

No me vuelvo a enamorar...

Pero es que a veces, sólo con pensar en él, ya siento que me vengo. No sé si estoy enamorada, pero a veces sólo con verlo, me siento bien cosquilluda.

Luz tampoco confiaba en el taxista

Ese hombre no te quiere, tiene otras seis mujeres. Dale su taconazo en el culo ya.

Me quiere, hasta metió preso al pedrero de mi hermano por robarme el celular y me dio uno nuevo, les aseguró Sandy.

La noche siguió en su ritmo de idas y venidas de las tres. Dueñas de un lugar sin dueño. Un ajeteo imperceptible para los que no las conocieran o no las estuvieran buscando. Las luces cambiaban, pero siempre una de ellas estaba en su esquina, acercándose a los carros desconocidos que pasaban lentamente en búsqueda de sexo y afecto.

El taxista llegó puntual a las 3. Pitó varias veces. Luz no estaba y Mari le dijo a Sandy como si fuera su hermana mayor,
Cuídate amor, que no ande bolo o drogado, ahí nos vemos mañana.

Sandy se sentó en el taxi que olía a aceite de pino fresco. El taxista estaba revisando su celular. Sandy le dio un beso tibio y largo, y le compartió sus sueños con inocencia.

Fijate, que me quiero ir a Corinto, dicen que ahí están mejor las cosas y te pagan en dólares.
Sandy vio cómo al taxista le cambió el semblante ante sus planes.
¿Desde cuándo andás con esa idea? ¿Cuándo me lo pensabas decir?

El taxi circulaba la rotonda vacía en camino al Gallo Pinto.

Pues, no sé, desde hace poco...Peero yo no sé cuál es tu problema, aquí nadie es de nadie y vos lo sabés, Sandy encendió un cigarro enojada.

No, no lo sé, le dijo él.

Siguieron el camino en silencio mientras él manejaba y tocía y Sandy fumaba. Cuando llegaron al motel él le abrió la puerta, la hizo entrar y en un segundo la tenía acostada en la cama con las piernas arriba. Ella no tenía ganas en ese momento. A pesar que lo sentía duro moviéndose en las paredes dentro de su vientre. Estaba amargada con su respuesta. Abajo de él veía su reflejo en el espejo manchado que guindaba del techo del motel sin reconocerse. Vio sus lunares y su pelo negro sobre la cama. Contemplaba sus nalgas, apretándose encima de ella, restregando todo su cuerpo pesado sobre ella. Sandy se tele transportó a Corinto, fingiendo placer, gimiendo fingidamente. Se sintió flotando en el mar, la brisa en su cara, el olor a pescado frito cercano. Entretuvo las posibilidades de irse en un crucero de esos que llegan al puerto e irse aún más lejos donde nadie la conociese, ni la buscase. Reinventarse. Sentirse libre, soberana y serena.

Él terminó con un ruido ronco y profundo, como sacándose una ira contenida de tres días. Se sacudió hacia al baño para quitarse el condón. Enseguida la estampó contra la pared y le retorció el pelo largo entre sus manos. Sandy no sabía que pasaba. Cayó en cuatro y sintió como él le metió una patada en la nariz y otra

mucho más fuerte en el estómago. Sólo vio como su vestido se marcaba con rayas rojas.

¡Que sos mía y si vos me dejás, te mato y me mato yo!

No lo hagás. No me voy a ir. Por favor no.

Afuera estaba Luz que acababa de terminar con un cliente, oyó los gritos de súplica de Sandy y se regresó. Le dijo al dueño del Gallo Pinto que le abriera que su amiga estaba adentro. *¡Móveme, me duele!* gritó Sandy. Luz logró moverla afuera en medio del pánico, pero se le vino una bocanada llena de sangre y expiró.

Al día siguiente Mari estaba en la estación hablando con su comisionado. Le confirmó que están investigando el caso y que el taxista se dio a la fuga.

A veces Mari y Luz se encuentran. Ya no lloran ni hablan de política.